

La militancia latinoamericanista y el conflicto de Tacna y Arica (1922-1927)

Latin Americanist militancy and the conflict of Tacna and Arica (1922-1927)

Sebastián Hernández Toledo¹

RECIBIDO: 21 DE ENERO DE 2023 • ACEPTADO: 15 DE JUNIO DE 2023

RECEIVED: JANUARY 21, 2023 • APPROVED: JUNE 15, 2023

RESUMEN

El presente artículo analiza el impacto del conflicto de Tacna y Arica durante la década de 1920 en los movimientos universitarios del Cono Sur. A partir de libros, prensa e informes diplomáticos emitidos en este periodo se examina las propuestas de las voces disidentes a esta pugna limítrofe y su impronta transnacional. La hipótesis sostiene que la tensión de una nueva guerra entre Chile y Perú, así como el ambiente de enemistad y violencia entre vecinos fue una oportunidad para que jóvenes universitarios e intelectuales de distintos países hicieran de la unión continental una alternativa política con rasgos partidistas y militantes. El texto identifica tres momentos específicos que entrelazan importantes puntos de encuentros y desencuentros en las negociaciones de concordia entre ambos países y la respuesta política de los latinoamericanistas.

PALABRAS CLAVE: Tacna y Arica, Latinoamericanismo, militancia, nacionalismo, Chile, Perú.

ABSTRACT

This article analyzes the impact of the conflict of Tacna and Arica during the 1920s on the university movements of the Southern Cone. Based on books, press and diplomatic reports issued during this period, we examine the proposals of dissenting voices to this border dispute and its transnational imprint. The hypothesis holds that the tension of a new war between Chile and Peru, as well as the atmosphere of enmity and violence between neighbors was an opportunity for young university students and intellectuals from different countries to turn the continental union into a political alternative with partisan and militant features. The text identifies three specific moments that intertwine important points of encounters and disagreements in the concord negotiations between the two countries and the political response of Latinamericanists.

KEYWORDS: Tacna y Arica, latinamericanism, militancy, nationalism, Chile, Peru

¹ Chileno. Doctor en Historia por El Colegio de México. Investigador postdoctoral del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. srhernandez@uc.cl. Este texto forma parte del proyecto Fondecyt Postdoctoral N° 3220056, "Redes intelectuales y circuitos editoriales en el Cono Sur, 1925-1950".

“Sin la guerra con Chile no habría renacido el juvenilismo constructivo que caracterizó también a la época de la guerra conciliadora”
(Sánchez, 1987, p. 219)

Introducción

La militancia por la unión latinoamericana durante las primeras décadas del siglo XX incluyó varias premisas políticas que caracterizaron a los estudiantes universitarios e intelectuales del continente. En primer lugar, el juvenilismo, la creencia según la cual los jóvenes se asumen como el principal motor de cambio social, como forjadores de utopía². En segundo lugar, el tenor antibélico. Una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, el discurso pacifista surgido en Francia caló en el ideario universitario del Cono Sur. Intelectuales como Renan, Anatole France, Charles Gide, Henri Jacques, Raymond Lafabrve, entre otros, buscaron desarrollar una Internacional del Pensamiento que estableciera en varias federaciones de estudiantes este ideal como un común denominador (Moraga, 2016, pp. 53-54). Por último, el anticapitalismo y el antinacionalismo difundido por el movimiento francés *Clarté*³. En esta propuesta, el nacionalismo y los intereses económicos se presentaron como los principales responsables de la guerra y la violencia, cuyas principales víctimas eran las masas populares quienes sufrían las muertes, la pobreza y el hambre.

Para quienes pensaban en América Latina como una sola nación, la preocupación por la guerra y los conflictos fronterizos que se desarrollaban en el continente eran un problema constante. Por ejemplo, el líder peruano, Víctor Raúl Haya la Torre señalaba que los enfrentamientos bélicos entre países del continente, justificados como “causas patrióticas”, formaban parte de los planes divisionistas del imperialismo (1936, p. 78). Este tipo de argumentos se observaron de manera reiterada en las disputas limítrofes que hubo entre Perú y Chile; Argentina y Brasil; así como Colombia, Ecuador y Perú. En cada una de ellas se repetía que el responsable era Estados Unidos, cuya injerencia tenía como objetivo trabar el avance del latinoamericanismo.

Entre todas esas pugnas territoriales destacan los conflictos recurrentes entre Chile y Perú. A lo largo de dos siglos, estos países han pasado por tensiones y distensiones diplomáticas que han traído consigo discursos xenófobos, cambios económicos, aportes culturales y diversas transformaciones del mapa de cada uno, entre otras consecuencias sociopolíticas. Uno de los conflictos con más secuelas en el tiempo fue la Guerra del Pacífico entre 1879 y 1883. Los problemas fueron de diversa índole; sin embargo, la posesión de Tacna y Arica causó

2 Esta idea cobra fuerza a partir de la adhesión al movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba que asoció el espíritu de rebeldía ante las injusticias sociales y la búsqueda de cambios estructurales en los países del Cono Sur. (Biagini y Roig, 2008, pp. 313-315; Biagini, 2013, pp. 64-65).

3 En el órgano oficial de la Federación de Estudiantes de Chile, la revista *Claridad*, se publicaron varias traducciones de artículos y columnas de intelectuales franceses como Romain Rolland y Henri Barbusse en los que se llamaba a la militancia antipatriota y anticapitalista, señalando, por ejemplo: el patriotismo [...] siempre se subordina a los ideales de la Humanidad. [...] Queremos la supresión de la enorme injusticia del actual régimen capitalista” (“El cartel de hoy”, en *Claridad*, Santiago, Vol. 1, n. 3, 26 de octubre de 1920, p. 1).

prácticas políticas disímiles como la unión de conservadores y liberales bajo el manto del nacionalismo y la xenofobia, la justificación de la represión migratoria y, lo más destacable, el auge del latinoamericanismo en los jóvenes universitarios e intelectuales.

El presente artículo explica cómo el conflicto de Tacna y Arica se transformó en un proceso central para impulsar y justificar el debate internacional respecto al latinoamericanismo y la unión entre los movimientos universitarios de Chile y Perú. El objetivo es rastrear las voces disidentes durante la última década del conflicto limítrofe para comprender cómo movimientos universitarios adquirieron musculatura política con rasgos partidistas y militantes, transformándose en una opción reformista a un sistema conservador, desigual, represivo y aún decimonónico, característico del Cono Sur.

La cronología que aborda esta investigación inicia en 1922 con las primeras publicaciones disidentes en cuanto a la postura de Chile y finaliza en 1929 con la resolución del conflicto de Tacna y Arica. Este apartado se divide en cuatro secciones. Primero, se explican las causas del problema de Tacna y Arica y su permanencia en las décadas siguientes. Segundo, se analizan las primeras voces disidentes en Chile y las consecuencias de sus posturas en la política interna. Tercero, se describe el asesinato de Edwin Elmore en manos del poeta peruano José Santos Chocano y cómo se produjo un debate sobre Chile y Perú. El último punto trata sobre la solución al conflicto internacional y los procesos políticos que se desarrollaron en Chile y Perú durante los últimos años, es decir, la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y la caída de Augusto Leguía. Se podrá observar a lo largo del texto tres momentos fundamentales (1922, 1925, 1927) que dan cuenta de cómo las diferentes formas de abordar las tratativas del conflicto impactaron en las prácticas políticas y postura ideológicas de sus actores.

El conflicto

La victoria militar de Chile en la Guerra del Pacífico, que enfrentó al país austral con Perú y Bolivia entre 1879 y 1884, le permitió la incorporación de las provincias de Antofagasta y Tarapacá. Entre estos territorios se encuentra la pampa salitrera, desierto de extensión considerable donde se ubicaron grandes yacimientos salitreros que hicieron de Chile el mayor productor de este mineral a nivel mundial entre 1890 y 1915⁴. Las condiciones del nuevo norte chileno fueron ideales para la producción, la buena accesibilidad y la alta ley mineral que hicieron de esta industria un monopolio global. Este auge económico generó grandes cambios políticos, sociales y culturales en Chile. Se desarrolló migración hacia el norte, nacieron nuevos oficios, se crearon asentamientos en lugares que antes se creían inhóspitos, se importaron nuevas herramientas y maquinarias para la industria minera, aparecieron nuevas formas de sociabilización y surgieron nuevos movimientos políticos. Es decir, el nuevo mapa político de Chile fue un factor de cambio en la sociedad y en la política nacional desde fines del siglo XIX.

4 Según el Instituto Tecnológico Geomínero de España, entre 1890 y 1905, Chile aportaba el 67% de la producción mundial de salitre; entre 1905 y 1910, el 63,7% y entre 1910 y 1915, el 53,6%. (Instituto Geomínero, 1993, p. 77).

En octubre de 1883, se dio fin a la Guerra del Pacífico con la firma del Tratado de Ancón. De los 14 artículos pactados por el representante de Chile, Jovino Novoa Vidal, y de Perú, José Antonio Lavalle, destacaron tres: 1) el restablecimiento de la paz; 2) la cesión perpetua del departamento de Tarapacá a Chile; y, 3) La ocupación chilena de las provincias de Tacna y Arica durante diez años. Una vez finalizado este periodo se realizaría un plebiscito en el cual se determinaría quien ocuparía este territorio. Según Sergio González, fue este último punto el que originó un conflicto continuo entre ambas naciones, ya que esta medida fue una táctica de Chile para “consolidar la soberanía y seguridad de Tarapacá”, provincia que “justificó el conflicto en la frontera norte, especialmente por su importancia económica”, así como su sentido estratégico “respecto a la posibilidad de entregar una salida al Pacífico a la República de Bolivia, con la cual se tenía pendiente un tratado de paz y amistad” (2008, pp. 24-25). A partir de ese momento se inició un periodo de más de cuarenta años de intentos (diálogos, tratados y protocolos) para poner fin al conflicto limítrofe.

En 1884, ya firmado el Tratado de Paz con Perú y el Pacto de Tregua con Bolivia, el Estado de Chile creó la provincia de Tarapacá para administrar el territorio y normalizar los ingresos fiscales del salitre. Según Luis Castro, la decisión política administrativa de crear este nuevo departamento fue “formalizar la posesión de Chile sobre uno de los suelos salitreros más ricos del desierto de Atacama” (2008, p. 220). Por su parte, la provincia de Antofagasta fue creada en 1888, pues la administración y pago de impuestos estaba más sistematizada porque desde antes del conflicto muchos de los empresarios que habitaban allí eran chilenos o tenían una relación comercial con el país austral. Sin embargo, a pesar de que el Tratado de Ancón definió la paz entre Perú y Chile, que el país derrotado aceptara las condiciones del país vencedor generó problemas diplomáticos insoslayables.

Diez años después del Tratado, el plebiscito acordado no se cumplió. Durante el último semestre de 1893 se realizaron conversaciones diplomáticas para definir el reglamento de la votación; sin embargo, éstas no tuvieron resultado y Chile se negó a entregar los territorios ocupados, arguyendo que las obligaciones de dicho pacto no habían sido cumplidas⁵. A pesar de no llegar a un acuerdo entre los países limítrofes, entre 1884 y 1901, los acercamientos diplomáticos y las políticas públicas por parte del gobierno chileno en favor de la población que habitaba estos territorios fueron recurrentes. Óscar Panty denomina este periodo como “chilenización conciliadora” en que destaca el trato amistoso de las autoridades chilenas hacia los habitantes de la frontera para generar adhesión ante el posible plebiscito (1999).

En 1898 se realizó el Protocolo Billingham-Latorre en el que se acordaba realizar el plebiscito según el arbitrio de la reina de España. El Congreso chileno retardó la votación del pacto hasta su rechazo a fines de 1901, según Sergio González, “cerrando la puerta al último acuerdo bilateral entre Perú y Chile; a partir de ese momento ambos países deberán recurrir a un árbitro (Estados Unidos) porque las confianzas definitivamente se perdieron” (2008, p. 42). Posterior-

5 Según González, en 1895, las conversaciones entre ambos países continuaron, pero se centraron en el pago de una garantía de diez millones de pesos que Perú aún no pagaba y no tenía el dinero para hacerlo. Como dicha indemnización era una condición, al igual que el plebiscito, al no cumplirse, Chile comprendió inmediatamente que cualquier tipo solución se postergaba hasta que se cumplieran todas las condiciones del pacto. (p. 38)

mente entre 1902 y 1929, se desarrollará un segundo periodo que el historiador Raúl Palacios Rodríguez denominó “Chilenización violenta”. Durante estos años se adoptarían por parte del gobierno chileno violentas medidas como la clausura de escuelas peruanas, modificación de límites departamentales, censura de prensa peruana, el cierre de sus imprentas y conscripción de jóvenes peruanos al ejército chileno, entre otras (1974, p. 66). En 1910, la expulsión de curas diocesanos peruanos de Tacna y su reemplazo por religiosos chilenos produjo el quiebre diplomático entre Perú y Chile. Este hecho fue emblemático en el proceso de chilenización del territorio y vino acompañado de la radicalización del discurso nacionalista en ambos países, así como de una ola de violencia llevada a la práctica por un grupo llamado Ligas Patrióticas, quienes, difundiendo un discurso xenóforo y racista, ejercieron la violencia contra la población peruana⁶.

Sin embargo, la década de 1920 fue distinta. El protagonismo político de las juventudes latinoamericanas a través de las federaciones de estudiantes, los movimientos anarquistas y comunistas, las huelgas obreras, la represión y las nuevas ideas políticas generaron voces disidentes en Chile, en Perú y en Latinoamérica. Por primera vez, se observaba una militancia política que se posicionaba en contra de los intereses nacionalistas y que enaltecía la unión latinoamericana, el pacifismo y la lucha de clases. El conflicto de Tacna y Arica dejó de ser sólo una piedra de tope en las relaciones bilaterales y se transformó en un eje de la militancia universitaria basada en el antinacionalismo, la que se podría plasmar desde las huelgas, debates parlamentarios y académicos, en publicaciones en revistas culturales y posiciones transnacionales.

1922: Los primeros disidentes

El periodo entre 1902 y 1929 fue dividido en dos fases por Óscar Panty, la “chilenización violenta” (1902-1922) y la de “arbitraje y negociaciones” (1922-1929) (1999). A fines de esta primera etapa, caracterizada por las acciones de violencia ya descritas, apareció la publicación del diputado chileno Carlos Vicuña Fuentes, quien con su libro *La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica* publicado en 1921, fue una de las primeras voces disidentes en cuanto a la posición diplomática del país austral. Esto vino acompañado de publicaciones por parte de estudiantes chilenos y latinoamericanos que miraron con recelo el conflicto y propagaron un discurso de paz y unión continental en el año de mayor tensión entre los países limítrofes. Los puntos de conexión y disputa que generaron las posturas en torno al problema fronterizo entre Tacna y Arica se representaron como una preocupación continental, sobre todo, para los dirigentes universitarios, que hicieron de la prensa y las revistas su tribuna política para difundir un discurso continental y marcar el inicio de una red de contactos que tendrían una agenda política similar en los distintos países del continente.

6 Sobre las ligas patrióticas (González, 2008; González, Maldonado y McGee, 1994). Un ejemplo de estas acciones de violencia fue relatado por el historiador peruano Jorge Basadre en su libro autobiográfico *Infancia en Tacna*, señalando sobre la chilenización: “los directores [chilenos] de dichos establecimientos [de instrucción pública y escuelas superiores] procuraban ganarse la causa de su país a los alumnos más distinguidos y en algunos casos les ofrecían becas en Santiago. El himno nacional chileno se cantaba diariamente en los liceos”, más adelante añadía, “los obreros [peruanos] fueron expulsados de las salitreras, ‘barridos’, [...] En Tarapacá, como en Arica y Tacna, muchos jóvenes tuvieron que emigrar porque fueron llamados al servicio militar obligatorio” (Basadre, 2009, pp. 57-58).

Carlos Vicuña Fuentes, profesor y miembro del Partido Radical entre 1918 y 1926, fue un activo participante de la Federación de Estudiantes de Chile (FECh) desde sus inicios en 1906⁷. A partir de 1920 fue elegido Director Extraordinario de la entidad estudiantil, cargo que otorgó mayor resonancia a sus publicaciones e ideas políticas. El 17 de agosto de 1921, producto de un debate sobre los principios en materia social que debía seguir la Federación, Vicuña Fuentes publicó, en el diario radical *La Época*, 37 puntos que sintetizaban su posición frente a los ideales que debía seguir en el conglomerado. Sin embargo, fueron dos afirmaciones las que llamaron la atención de la política chilena: los puntos 8 y 23. El primero señalaba: “la subordinación de la patria a la humanidad implica el sometimiento de los intereses materiales de una nación a la justicia, que es un interés más general y permanente”; mientras que el siguiente postulaba que “debe resolverse el problema internacional del norte mediante la devolución al Perú de las provincias de Tacna y Arica y la cesión a Bolivia de una faja de terreno en Tarapacá, para que tenga una salida al mar” (1921, pp. 15-16). Esto, en un momento donde el mandatario peruano, Augusto Leguía, radicalizaba su discurso político señalando que entre sus prioridades estaba la recuperación de Tacna, Arica y Tarapacá; y Chile hacía notables esfuerzos para establecer oficinas burocráticas en estos territorios para marcar presencia estatal, las repuestas no se hicieron esperar (Vicuña Fuentes, 1921, p. 41).

Cinco días después de la publicación en *La Época*, el senador por Santiago, Francisco Huneeus pidió la destitución del cargo de profesor de Vicuña Fuentes. Para dicha petición aludió que no se podía invocar la libertad de opinión cuando se trataba de un tema de interés nacional, y lo ponía en términos de la siguiente elección: “si los profesores de Estado __arguye el Senador__ tienen la facultad, el derecho de estar sirviendo con sus doctrinas a los enemigos naturales de la República o si esa clase de ideas deben ser extirpadas, dando el Gobierno, sin demora, la sanción que corresponde en el caso que nos ocupa” (1921, p. 41). El 2 de septiembre de 1921, después de una amplia presión política por parte del Partido Liberal y Conservador, Tomás Ramírez Frías, ministro de Justicia e Instrucción Pública, destituyó a Vicuña Fuentes de su cargo. Entre sus argumentos señaló que Chile se encontraba en un contexto específico de disputa con Perú, que no admitía contradicciones al interés nacional, ya que la contraparte se aprovecharía de esto de manera astuta mostrando las inseguridades de la posición chilena. Las palabras del ministro para explicar la destitución, según lo relatado por el profesor, fueron:

[...] en Chile hay circunstancias especiales. Ud. debe saber que los peruanos son de una acuciosidad extremada en estas materias: recogen y consigan cuanto elemento

7 La Federación de Estudiantes de Chile nació en 1906 con el apoyo del filósofo y rector de la Universidad de Chile, Valentín Letelier. Su objetivo fue defender los derechos y representar las opiniones del estudiantado. Los primeros diez años de organización fue un periodo tranquilo en que destacaron principalmente los debates contra el conservadurismo representado por la Universidad Católica de Chile. Entre 1918 y 1923, se desarrolló la llamada “etapa mítica” de la FECh, periodo en que muchos de sus dirigentes fueron escritores, médicos o poetas, que años más tarde remecieron el ambiente social y cultural del país. Entre sus integrantes destacaron: los médicos Juan Gandulfo, Alfredo Demaría y Jose Ducci; los premios nacionales de literatura Manuel Rojas y José Santos González Vera; los poetas José Domingo Gómez Rojas y Pedro Prado; el escritor Waldo Urzúa; los abogados Daniel Schweitzer, Fernando García Oldini y Agustín Vigorena; los parlamentarios Santiago Labarca, Rudecindo Ortega y Pedro León Ugalde, el rector de la Universidad de Chile Pedro León Loyola y el político Eugenio González, entre otros. Junto a las ideas anarcosindicalistas que predominaban en la FECh, también destacó una posición antipartidista en la que se promovió la acción política no militante y prohibió la intromisión de los partidos (Moraga, 2012, p. 27).

pueda serles favorables para la defensa de sus intereses. A mí me ha tocado ver folletos peruanos en que se han recogido hasta las más pequeñas opiniones de nuestros hombres públicos, a fin de mostrar que estamos en contradicción los unos con los otros, y hasta el gobierno consigo mismo (Vicuña Fuentes, 1921, p. 32).

Debido a la cercanía de Vicuña Fuentes con la FECh se le atribuían ideas ácratas y antinacionalistas. No obstante, es posible ver a través de *La libertad de opinar*, una posición adherida al pacifismo, intentando desde todos los ámbitos evitar cualquier conflicto armado entre naciones y difundiendo la unión latinoamericana como proyecto. Sobre el conflicto de Tacna y Arica el profesor universitario escribió:

Considere Ud. que de este problema puede resultar una guerra y tendré entonces que abandonar mujer, hijos, negocios, situación personal y hasta hacer probablemente el sacrificio de la vida, y en tales condiciones, cuando la patria exige a un hombre estos sacrificios, por lo menos debe dejarle libertad para que opine sobre la cuestión y proponga los medios de evitar la guerra (1921, p. 31).

Vicuña Fuentes nunca cuestionó el hecho de defender a la patria, tan sólo dio cuenta de que frente a los sacrificios que exigía una guerra, la mejor opción era tratar de evitar todo tipo de conflicto. Así, dado el revuelo público que suscitó su posición frente al problema limítrofe, la FECh, al igual que su símil peruano, tomaron una postura pacífica y de unión continental, ideas predominantes en los movimientos estudiantiles de Latinoamérica.

Meses después de la publicación de Vicuña Fuentes, en mayo de 1922, llegó a Chile el líder estudiantil peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, recibido por la FECh. Durante su paso por tierras australes pronunció discursos que se abocaron a llamar a la unión de los estudiantes y de los jóvenes de todos los países del continente, sin hacer alguna alusión al conflicto de Tacna y Arica. Sin embargo, sólo bastó que se supiera de la visita para que la prensa limeña no dudara en catalogar al joven trujillano como un “vendido al oro chileno” (Sánchez, 1979, p. 80). De hecho, fue un diario argentino, que hizo referencia al conflicto. *La Voz del Interior* de Córdoba señaló: “reviste en este momento una trascendencia grande. Es la respuesta que da valientemente la Federación peruana a los estudiantes federados chilenos que, por encima de todos los conflictos inhumanos del odio nacionalista [...] tendieron fraternalmente sus brazos a los estudiantes peruanos” (*La Voz del Interior*, Córdoba, Argentina, 18 de mayo de 1922). Como señala Martín Bergel, Haya de la Torre era consciente del conflicto durante su visita a Chile; no obstante, gracias a las credenciales obtenidas en sus visitas por los demás países del continente, podía pasar por alto esta situación y presentarse como mensajero de la fraternidad latinoamericana más que como peruano (2018, p. 88). A pesar de no haber referencias sobre el tema en el momento, los contactos de Haya y el clima universitario hicieron que este conflicto resurgiera en visitantes extranjeros, en *Claridad* de Perú y en Argentina. Ahora el debate traspasaba los intereses nacionales.

Posteriormente, en agosto de 1922, el joven pediatra, Juan Gandulfo, publicó en la revista *Claridad* un artículo llamado “Tacna y Arica ante los obreros”. En el escrito postuló que, ante

la negativa de los políticos sobre un posible acuerdo internacional vía plebiscito, “los obreros deben aprovecharse de esta tregua y realizar una internacional sindical americana” (*Claridad*, Santiago, vol. 2, n. 64, 12 de agosto de 1922). El carácter internacionalista era obvio. Para el joven anarquista este pleito no representaba otra cosa que una consecuencia del sistema capitalista, añadiendo que toda solución sería momentánea hasta que nuevos intereses económicos reactivaran una lucha disimulada en sentimientos chauvinistas. En palabras del escritor:

Las relaciones internacionales de los estados están subordinadas a la organización interna de ellos y que las guerras de los dos últimos siglos han sido debidas al régimen capitalista que impera en el mundo. Y, por tanto, toda solución en las relaciones internacionales será transitoria, ya que no podrán reinar la paz y justicia internacionales, mientras exista el régimen de explotación del hombre por el hombre en los distintos países (*Claridad*, Santiago, vol. 2, n. 64, 12 de agosto de 1922).

Por último, Gandulfo llamó en un tono antinacionalista a unir las organizaciones de trabajadores para que no luchen por los intereses de sus gobernantes. A su vez, señaló que el presente conflicto era una oportunidad para generar “conciencia en la masa”, añadiendo que “en un momento de guerra los obreros no tienen por qué pelear con los de otros países, y que son los gobernantes y patronos los que deben ir a las fronteras a defender sus intereses” (*Claridad*, Santiago, vol. 2, n. 64, 12 de agosto de 1922). El escrito, así como sus concluyentes sentencias, no sólo muestran una posición más radical que lo antes publicado por Vicuña Fuentes, sino que también da cuenta de la radicalización hacia el anarquismo que tuvo la Federación de Estudiantes por estos años.

Se acercaba el fin de 1922, pero aún quedaban voces disidentes que visitarían Chile. Corría el mes de noviembre cuando llegó a la Estación Mapocho el mexicano José Vasconcelos, titular de la Secretaría de Educación Pública, que, aprovechando el viaje a Brasil y a Argentina en representación de México por motivos de las fiestas del centenario de la independencia brasileña y el relevo presidencial celebrado en Buenos Aires, hizo una parada en Santiago. Las impresiones sobre su periplo quedarían anotadas a manera de apéndice en su libro *La raza cósmica* editado en 1925 con el subtítulo de “Notas de Viaje a la América del Sur”. Sin embargo, como señala Pablo Yankelevich, “en las ediciones posteriores a 1927, el subtítulo sólo indica ‘Argentina y Brasil’; de un plumazo entonces hizo desaparecer las casi cincuenta páginas de su recorrido entre uruguayos y chilenos” (2000a, p. 60)⁸.

Sólo cuatro días en Santiago bastaron para que Vasconcelos analizara el tenso momento político que vivía Chile y criticara en duros términos al Congreso, a los militares y a la oligarquía. Al presidente Arturo Alessandri lo describió como “un jefe de paja” que no lograba “pasar sobre

8 La principal explicación que se ha propuesto sobre la eliminación de los capítulos de Chile y Uruguay a las ediciones posteriores de *La raza cósmica*, según Yankelevich, responde a la derrota electoral de Vasconcelos en 1929 que “fracturó de una vez y para siempre el pensamiento y la acción del hasta entonces maestro de la juventud. Resentido y amargado se empeñó en borrar sus huellas de sus propias palabras, en no dejar rastro de la insolencia y el desenfado con que alguna vez trató a militares, curas y terratenientes en el sur de América”, (2000a, p. 62)

las resoluciones del Congreso” e inició un discurso antinacionalista en relación con la exhibición de trofeos obtenidos durante la Guerra del Pacífico, señalando que “la nacionalidad es una forma caduca” (El Diario Ilustrado, Santiago, 2 de noviembre de 1922). Según el intelectual mexicano: “A pocos minutos corrió la voz de que yo era antichileno y peruanófilo; quizá espía del Perú, donde hace años tuve no pocos desalientos por ponerme a contradecir el antichilenismo peruano” (Vasconcelos, 1925, p. 251). El escritor comprendía que el conflicto sobre Tacna y Arica aquejaba la estabilidad latinoamericana y que los problemas limítrofes específicos afectaban a todos los países de la región. Sobre este conflicto, el autor de *La raza cósmica* señaló: “esta mezquina contienda amenaza la paz de un continente que debiera estar sólidamente unido frente al peligro de una cultura superior que nos aniquilará” (1925, p. 250).

Estas afirmaciones relatadas aproximaron al Secretario de Educación Pública con los estudiantes de la FECh, quienes lo invitaron el 3 de noviembre a realizar una conferencia en la Universidad de Chile. Después de varias amenazas y prohibiciones para usar distintos recintos de la casa de estudios, los organizadores tomaron por la fuerza el salón de actos para que Vasconcelos realizara su conferencia que versó sobre la Revolución de 1910 y el problema del latifundio, la influencia de la Iglesia Católica y la necesidad de una reforma agraria, entre otros temas contingentes. Sus palabras estaban en sintonía con la postura pacifista, el antinacionalismo y la unión latinoamericana que se desplegaba a partir de opiniones surgidas en relación con el conflicto limítrofe de Perú y Chile.

A pesar de que estas voces no tuvieron mayor impacto en la resolución del conflicto entre Chile y Perú, las palabras de Haya de la Torre, Gandulfo, Vicuña Fuentes y Vasconcelos fueron el puntapié inicial de un conjunto de referencias, columnas de opinión y entrevistas de corte latinoamericanista que ayudaron a tejer importantes redes entre jóvenes que compartían objetivos políticos e intelectuales.

1925: El asesinato de Edwin Elmore

En marzo de 1925, el presidente de Estados Unidos, Calvin Coolidge, falló a favor de la realización del plebiscito que pondría fin al conflicto de Tacna y Arica, lo que se interpretó como una derrota para la diplomacia peruana, adelantado un posible fracaso en las votaciones. Meses después, el 31 de octubre de 1925, el escritor y académico peruano Edwin Elmore recibió un disparo del poeta José Santos Chocano en las inmediaciones del periódico *El Comercio*. Este violento final fue una de las mayores consecuencias de una disputa intelectual que mantuvo polemizando durante meses a Vasconcelos y a otros intelectuales sobre el apoyo a gobiernos autoritarios y las posibles soluciones frente a la disputa de Tacna y Arica.

En diciembre de 1924, Leguía le encargó al poeta Santos Chocano la creación de un poema en el marco de las fastuosas celebraciones del Centenario de la Batalla de Ayacucho. Como afirma Pablo Yankelevich, Chocano brilló en los actos y ceremonias organizados para los embajadores y poetas invitados. En su publicación de 1922 llamada “Apuntes sobre las dictaduras organizadoras”, señaló que “es preferible para el Perú una dictadura organizadora

que la farsa democrática en que se ha acostumbrado a vivir sin organización”. Su apoyo al dictador Leguía, la defensa a la dictadura venezolana de Juan Vicente Gómez y su cercanía con Leopoldo Lugones, quien anunciaba “la hora de las espadas” en clara sintonía con el fascismo italiano motivaron una fuerte crítica de Vasconcelos (2000b, p. 151).

En marzo de 1925, el escritor mexicano publicó en *El Universal* un artículo llamado “Poetas y bufones” en el cual criticaba de manera muy fuerte la posición política de Lugones a favor de las dictaduras. Si bien el texto se centra en el poeta argentino, el desprecio político e intelectual hacia Chocano, el poeta peruano, es evidente. En el primer párrafo, Vasconcelos advierte: “Nos referiremos en particular a Lugones, porque ya de Chocano no es menester ocuparse” (1926a, p. 12). Sin embargo, el exsecretario no desperdició oportunidad para referirse en pésimos términos respecto al poeta: “Si [Lugones] viese a su gente subyugada por los degolladores, quizá no sería tan vil como Chocano, que ayudó con sus consejos a los asesinos de Guatemala para que las ametralladoras hicieran más efecto en la ciudad que se rebelaba después de veinte años de ignominia” (1926a, pp. 15-16).

A través del periódico *Excelsior* de México, Chocano publicó “Apóstoles y farsantes. Vasconcelos sin máscara”. Como señala Yankelevich, la respuesta “resultó desbordada tanto en impropiedades como en falsedades”. En el texto, le niega su participación durante la Revolución, lo tilda de farsante por difundir el antimilitarismo cuando fue miembro del gabinete de Obregón, lo acusa de malgastar dineros fiscales estando a cargo de la Secretaría de Educación Pública y de plagio de sus obras (Yankelevich, 2000b, p. 152). El escritor peruano siguió publicando sus críticas a Vasconcelos a través de *Excelsior* en México y en *La Crónica* en Perú. Sin embargo, los insultos propinados al intelectual mexicano tuvieron revuelos continentales. Así, en octubre de 1925, varios escritores y artistas redactaron una declaración de apoyo a Vasconcelos en la que señalaron:

[...]sentimos el deber de declarar nuestra solidaridad intelectual y espiritual con José Vasconcelos y nuestra profunda estimación de su obra de pensador y maestro. [...] Vasconcelos no necesita ser defendido de ataques que no traducen sino una represalia. Pero el silencio de quienes lo estimamos y comprendemos podría ser interpretado como un olvido si no como una defección. Por esto protestamos (Herrero, 1926, pp. 100-101).

Entre los firmantes destacaban José Carlos Mariátegui, Eugenio Garro, Manuel Beltroy, Luis Alberto Sánchez, Carlos Manuel Cox y Edwin Elmore. Éste último fue el principal promotor de la idea de organizar un Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos como respuesta a los nacionalistas autoritarios, propuesta dirigida, en palabras de Luis Araquistain, “a los panhispanistas liberales y demócratas” (1926, p. 69). Este proyecto hizo que Elmore mantuviera contacto con reconocidos intelectuales como Waldo Frank, Baldomero Sanín Cano, Emilio Roig, Alfonso Reyes, José Ortega y Gasset, Alfredo Palacios, Pedro Henríquez Ureña, Vasconcelos, entre otros; redes que otorgaron cierto reconocimiento al escritor peruano en el continente y, sobre todo, en Perú.

En 1925, las relaciones diplomáticas con Chile fueron complicadas. Los virulentos discursos nacionalistas, la negativa de Estados Unidos para aprobar el plebiscito y el auge de la prensa xenófoba hacían que el temor a un posible enfrentamiento entre Perú y Chile fuera constante. Ante este contexto, Edwin Elmore se transformó en un crítico de quienes defendían las dictaduras y la represión, con lo que de paso se hizo parte de la polémica entre Vasconcelos y Chocano, haciendo alusiones directas a la postura de su par peruano (Yankelevich, p. 154). La respuesta no tardó en llegar y vino acompañada de insultos e improperios que traspasaron cualquier tipo de debate intelectual. La carta señala:

Desgraciado joven:

Aunque no tiene usted la culpa de haber sido engendrado por un traidor a su patria, tengo el derecho de creer que los chilenos han pagado a usted para insultarme, como pagaron a su padre para que denunciara las minas que defendieron el Morro de Arica. Si a todos los peruanos les es esto familiar, a mí especialmente por mi condición de autor de “La Epopeya del Morro”. Vive usted ahora del dinero que le produjo al padre suyo la infamia que cometió, y de él se vale para hacer «paseítos» en busca del artificio de un prestigio de “corre-vey-dile” de afectismos explotadores y fraternidades imposibles entre verdugos y víctimas, como Chile y el Perú (Chocano, 1926, pp.77-78)⁹.

Ante esta publicación, Elmore redactó una rápida respuesta y se dirigió al periódico *El Comercio* para su publicación. En la sala de redacción se encontró de frente con Chocano e inició una fuerte discusión que finalizó con un balazo en su abdomen. Después de dos días de agonía en el Hospital Italiano, el escritor falleció (*El Comercio*, Lima, 1 de noviembre de 1925, p. 1). Parte de la misiva que pretendía llevar a varios periódicos limeños señalaba:

Ha pretendido usted vengarse de la defensa que he hecho del idealismo hispanoamericano, estúpidamente atacado por usted. En el Perú todos nos conocemos, y la conducta de mi padre ha sido juzgada honrosamente por propios y extraños. Precisamente en Arica fue donde el temple moral y las capacidades técnicas de mi padre –a tono con el espíritu de su época– se pusieron en evidencia; y sólo lo más bajo y ruin que hay en el alma humana pudo buscar en un hombre tan puro y valeroso como él la víctima propiciatoria de esa desgracia nacional (Elmore, 1926, pp. 81-82).

El asesinato de Elmore tuvo consecuencias. Chocano fue recluido en el hospital militar demostrando su cercanía y apoyo de Leguía. Desde ahí, continuó descalificando al asesinado

9 Como afirma Yankelevich, “durante la llamada Guerra del Pacífico (1879-1883) Teodoro Elmore, padre de Edwin, se desempeñó como ingeniero militar. En defensa de la plaza de Arica, esta posición fue minada por el ejército peruano, situación que no impidió su ocupación por parte de los chilenos. Debido a que un buen número de los explosivos no estallaron, corrió la versión de que Teodoro Elmore había revelado su localización a las tropas enemigas. Se inició entonces un proceso a petición del propio militar, juicio del que salió exonerado” (2000b, p. 154).

y a Vasconcelos, achacando sobre ellos una postura antiperuana en relación con el conflicto de Tacna y Arica. Por su parte, Elmore se transformó en la mártir de la causa política de la juventud latinoamericana, tal como lo había sido años antes el poeta chileno José Domingo Gómez Rojas. Distintos intelectuales como Vasconcelos, Platón Ortiz, Ángel Samblancat, Rafael Heliodoro Valle, entre otros, se pronunciaron en torno a este tema, nombraron a Elmore como el representante de la unidad latinoamericana y enfatizaron sobre el rechazo a las dictaduras y al nacionalismo (Rodríguez, 1926).

Por último, Haya de la Torre, quien llevaba varios meses publicando artículos sobre el conflicto de Tacna y Arica, no quiso quedar fuera de esta polémica. En diciembre de 1925 publicó en *El Universal Gráfico* un texto llamado “Por qué llamé farsante a Vasconcelos”, el cual, según la presentación, “era una protesta y un llamamiento a la juventud del Perú, con motivo de la muerte de Elmore”. Y precisaba que “considera[ba] que es un nuevo delito pretender figurar a Chocano como defensor del honor patrio peruano y a Vasconcelos, a Elmore, y al grupo de intelectuales de vanguardia y a los estudiantes del Perú como agentes de la política chilena” (1926, p. 173). Una vez más, el líder peruano aprovechó una polémica intelectual para hablar de sus objetivos políticos. La muerte de Edwin Elmore significó una oportunidad para hablar del conflicto de Tacna y Arica y de los avances del imperialismo estadounidense, aunque siempre desde la crítica a Chocano. Haya escribió:

Chocano es un hombre que ha visto de cerca los avances del imperialismo yanqui en Panamá, en Centro América, en México y en Cuba; Chocano conoce por personal experiencia cuán artera es la política de Wall Street en nuestros países, y tan lo sabe que en un artículo publicado en el órgano del Partido Civil del Perú, *El Comercio*, de Lima, lo dijo claramente cuando recién conocido el laudo de Coolidge en la cuestión con Chile, la patriotería peruana tuvo un gesto fugaz de indignación contra los Estados Unidos, para luego rendirse a sus pies bajo la presión brutal de la fusilería del “hombre de Wall Street” (1926, p. 174).

En diciembre de 1925, cuando el debate sobre el conflicto de Tacna y Arica aún no alcanzaba mayor revuelo continental, Haya lo vinculó con la polémica Vasconcelos-Chocano-Elmore, en la que se habían involucrado diversos intelectuales y revistas. Esto podría haber significado una apertura del tema a otros intelectuales que pensaban el latinoamericanismo, pero que no habían visto en este conflicto limítrofe particular una opción de provecho político en cuanto a la difusión de una postura internacionalista.

1927: antiibañismo continental

En Chile, las intervenciones militares de 1924 y 1925 marcaron un indicio de los cambios políticos que sufriría el país. A partir de ese momento, el liderazgo fue ejercido por la oficialidad joven, quienes estaban conscientes de la crisis política de Chile y de la necesidad de forzar a la clase dirigente a aprobar nuevas leyes sociales. En todo este proceso, el oficial Carlos Ibáñez del Campo destacó rápidamente y representó, según Jorge Rojas Flores, la cara visible de un

gobierno fuerte que acabaría con los vicios del parlamentarismo, los partidos políticos y el sufragio universal. El objetivo era “proteger la sociedad de la crisis de su orden social, ser árbitro en el conflicto entre los grupos, defender el espíritu nacional, los valores tradicionales, la armonía del cuerpo social, etc.” (1993, p. 14). Así, en mayo de 1927, con el apoyo de varios sindicatos y de las clases dirigentes, Ibáñez fue elegido presidente de la República. Sin pretender mayores cambios, sus propuestas se enfocaron en reformas económicas y burocráticas. Con una fuerte caída en los precios del salitre, aumento en la inflación y déficit presupuestario, el General implementó un Estado más activo en el plano asistencial y en el fomento productivo, así como promovió la disminución de “la máquina burocrática inflada por los intereses económicos”, es decir, hizo de la tecnocracia su mayor aliado (Errázuriz, 2014, pp. 315-316).

El “nuevo Chile” de Ibáñez fue considerado como una empresa patriótica dispuesta a salvar al país. Toda oposición fue leída como subversiva, y el pluralismo y la tolerancia fue reemplazado por la intransigencia política para alcanzar el añorado orden social (Rojas Flores, 1993, p. 23). La paz pública se convirtió en el objetivo central durante el proceso de reconstrucción nacional. Esto significó la venia por parte del gobierno para reprimir con el máximo rigor a grupos políticos que alteraran el orden público, lo que dio inicio a un proceso de persecución y represión sobre grupos de izquierda, principalmente, comunistas y anarquistas. Como afirma *Claridad* Argentina, en marzo de 1927, cuando Ibáñez aún era ministro de Defensa, más de 100 personas fueron confinadas a las Isla Más Afuera ubicada a 400 km de Valparaíso, completamente deshabitada, sin construcciones para resguardar el frío y con alimento para 53 días. Entre los detenidos destacaban figuras como Elías Lafferte, Carlos Vicuña Fuentes, Luis Zapata, etc. Otros como Jorge Neut y Balvino Fuenzalida fueron desterrados a Ecuador; Armando Triviño a Bolivia; Pedro Ortuzar, Juan Mondaca, Félix Lópex y César Godoy a Argentina, entre otros. Por último, periódicos comunistas y anarquistas como *El Surco*, *El Despertar de los Trabajadores*, *La Gaceta*, *Justicia*, *Acción Directa*, *Jornada Comunista*, y varios más fueron clausurados (“Dictadura militar en Chile. Deportados-presos-confinados-clausura de diarios”, *Claridad*, Buenos Aires, n. 133, 30 de abril de 1927). El ambiente de incertidumbre y violencia se manifestó a través de centenares de reclamaciones hechas a partir del abuso de las autoridades locales, por su parte, Ibáñez indicó a sus funcionarios que sólo él estaba autorizado para aprobar las relegaciones (Rojas Flores, 1993, p. 25).

La similitud con Perú era mayor. Líderes estudiantiles y políticos exiliados, encarcelados y torturados: la situación se asemejaba a la que se vivía en el norte con el gobierno de Leguía. Ya no era necesario elevar discursos antinacionales por miedo a una guerra, bastaba con hacer frente común contra el mal gobierno para tener el apoyo y la atención de la izquierda chilena. La crítica internacional no se hizo esperar. El hecho de tener dictaduras en Chile y Perú de manera paralela hizo más fácil la difusión de un discurso de unión política entre ambos países, sólo había que direccionar el mensaje a los oprimidos. La revista *Amauta* publicó en marzo de 1927 un discurso del expresidente de la FECh, Javier Fermandois, quien señalaba su cercanía con la juventud peruana a través del surgimiento de nuevos movimientos políticos liderados por estudiantes universitarios que buscaban acabar con el imperialismo estadounidense y propiciar la unidad continental, es decir, la “gestación de una gran nacionalidad”. En palabras del chileno:

La labor del proletariado y de la juventud consiste, pues, en elevar a sus respectivos países de la categoría de colonias y simples factorías del capitalismo imperialista __principalmente del de los EE. UU.__ a las secciones soberanas de la *Gran Nación Latinoamericana*, ideal acariciado ardientemente por los más nobles valores de todas las épocas del período de la Independencia (“El Mensaje de nuestra generación”, *Amauta*, Lima, n. 7, marzo de 1927, p. 34).

En la presentación del discurso, Mariátegui señaló que la juventud chilena se diferenciaba de su clase dirigente. Mientras la dictadura de Ibáñez “representa[ba] todavía a la vieja clase, responsable de la guerra y la detentación”, los jóvenes “repudian su política y sufren su brutalidad” (“El Mensaje de nuestra generación”, *Amauta*, Lima, n. 7, marzo de 1927, p. 34). La idea era mostrar esperanza en otro tipo de protagonistas políticos que lucharían por el bienestar internacional del continente, creando una identidad común entre el público objetivo de la revista: jóvenes, intelectuales y trabajadores.

La dictadura de Ibáñez se transformó en el ejemplo de la tiranía en el continente. Su figura se ejemplificaba la influencia imperialista, el abuso de poder, la represión y la defensa de los intereses de la oligarquía. A través de varios artículos, la revista argentina *Claridad* calificó a Chile como otro país esclavo de la tiranía, preguntándose: “¿Es que la libertad, en los tiempos que corremos [1927] ha dejado de ser un ideal?” (“Otro país esclavo: Chile”, *Claridad*, Buenos Aires, n. 131, marzo de 1927). Ante esta situación, la comparación con la realidad peruana era inevitable. El escritor peruano Juan Cendoya hizo un análisis de la sociedad chilena, señalando que la división social del país entre, por un lado, la aristocracia tradicional absorbida por el capitalismo yanqui; y, por el otro, el pueblo sumiso, generaban como consecuencia la de Ibáñez. A su vez, añadía que la falta de debate político afectaba en la conformación de líderes, generando, de manera contradictoria, dictadores como los de Chile y Perú. Según el escritor:

Hemos formado, en nuestro país [Argentina] las fuerzas vivas, una figura continental universitaria, la de Alfredo Palacios, que viene combatiendo por la nueva conciencia joven de América, la intromisión extranjera y el imperialismo del sable dictatorial. Chile, como Perú, no supieron conformar personalidades así, que agitaran un verdadero ideal en la entraña popular. La tiranía en aquellos se ha producido por asaltos audaces; evitemos haciendo la revolución en los espíritus, que en la primera circunstancia, se nos encarne un Ibáñez o Leguía cualquiera (“Una tiranía más: Chile”, *Claridad*, Buenos Aires, n. 132, 15 de abril de 1927).

Llama la atención que la figura de Haya de la Torre no sea un referente en “las personalidades necesarias” a las que hacía alusión Cendoya. Ahora bien, según Marcelo Gullo, entre 1927 y 1928 el líder peruano experimentó un proceso de maduración ideológica que le llevó a publicar artículos, la mayoría en *Amauta*, sobre el sentido de la lucha antiimperialista, el papel de las clases medias, el contenido marxista del aprismo. Finalizó además el borrador de su libro *El antiimperialismo y el APRA* que sería publicado hasta 1935 en Chile a través de la editorial Ercilla (Gullo, 2013, pp. 219-236). La tesis de Gullo es confirmada por Luis Alberto Sánchez, quien señaló que a partir de 1928 “Haya se consagró a propagar los principios de su partido y accele-

rar la acción sobre Perú”, por lo que Chile no aparecía entre sus intereses inmediatos en ese momento (1978, p. 95). Además, durante los primeros años de gobierno de Ibáñez las mejoras fueron sustanciales. La nueva organización del aparato público, la creación de la Tesorería General de la República, de la Compañía del Salitre de Chile (COSACH), de la Contraloría General de la República y de los Carabineros de Chile, acompañados de una bonanza económica en los primeros dos años, hacían que la represión pasara a un segundo plano en la prensa nacional y el nuevo gobierno tuviera el apoyo de amplios sectores de trabajadores y de la elite nacional. Es decir, no era el mejor momento para buscar aliados en el país austral.

Otro de los avances que logró Ibáñez durante su mandato fue concluir con el conflicto sobre Tacna y Arica. El intento por reiniciar relaciones diplomáticas entre Perú y Chile le quitaba piso al movimiento latinoamericanista, ya que con este tipo de política se atacaba al principal argumento de estos grupos: la solidaridad latinoamericana. El canciller Conrado Ríos Gallardo fue el encargado de iniciar las tratativas con Perú. Después de descartar definitivamente la anexión de Tacna y Arica por no contar con el apoyo de Estados Unidos, el funcionario ibañista hizo suya la propuesta norteamericana de dividir esta zona otorgando una ciudad a cada país, así como la petición del comisionado Kellogg de reestablecer las relaciones diplomáticas entre ambos países (Soto, 2017, pp. 394-395). Así, en 1928, se designaron como embajadores a Emiliano Figueroa por Chile y a César A. Elguera por Perú. A su vez, se iniciaron relaciones económicas y culturales enviando desde Santiago a Guillermo Cándor, gerente de la Compañía Sudamericana de Vapores; a Rafael Maluenda, corresponsal de *El Mercurio*; a Manuel Eduardo Hübner, periodista de *La Nación*; a Luis Valencia, diputado por Valparaíso; a Ernesto Goycolea, gerente deportivo y al equipo de fútbol, Santiago F. C. (Moraga, 2014, p. 57). En una carta enviada por Elguera al Ministerio de Relaciones Exteriores de Perú, se señala: “el viaje [de los nombrados] ha sido decidido por orden expresa del señor ministro de Relaciones Exteriores, don Conrado Ríos Gallardo, quien está penetrado de la necesidad de que se establezcan sólidos vínculos entre Perú y Chile, sobre la base de un conocimiento mutuo y amplio” (AMRP, Oficio al Ministro de Relaciones Exteriores, Oficios de Chile, 5-4-A, 1929, 26 de agosto de 1929). El objetivo fue ofrecer un gesto concreto a Lima que diera cuenta de las verdaderas intenciones de finalizar el conflicto.

A pesar de que el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Chile y Perú eran aplaudidas en la prensa mundial, los representantes universitarios y jóvenes exiliados veían esto con inseguridad. Su crítica se centró en el papel que cumplía Estados Unidos, pues, argumentaban, se actuaba al servicio del imperialismo. En febrero de 1928, cuando el gobierno norteamericano recién retomaba su papel de árbitro en el conflicto, Manuel Seoane publicó una declaración en que resaltaba que “la sumisión absoluta de la actual política exterior del Perú al interés imperialista yanqui [...] es una consecuencia lógica de los actos del régimen citado [de Leguía] que, en una obra antinacionalista y suicida, viene transformando el país, ayer liberado por San Martín y Bolívar, en una simple colonia norteamericana” (“Declaración de la Sección Peruana del APRA residente en Buenos Aires”, *Claridad*, Buenos Aires, n. 152, 11 de febrero de 1928). Para los jóvenes peruanos la victoria de Leguía e Ibáñez en el plano internacional no significaba más que la rendición a la influencia extranjera y el apoyo del imperio a los gobiernos de fuerza. Su objetivo seguiría siendo establecer un movimiento político de características continentales y el derrocamiento de Leguía.

El 3 de junio de 1929, se reunieron en la ciudad de Lima el ministro de Relaciones Exteriores de Perú, Pedro Rada y Gamio, y el embajador chileno, Emiliano Figueroa, para lograr un acuerdo que pusiera fin al conflicto de Tacna y Arica. Después de una larga negociación, ambas partes convinieron la división territorial de Tacna para Perú y Arica para Chile, bajo el argumento de que cada provincia sentía mayor simpatía por la nación en la que quedaba su jurisdicción. Dado de que el país austral mantenía una extensión de más de 15 mil km², el doble que su par, Chile indemnizó a Perú con seis millones de dólares (González, 2008, p. 166). Con esto, se firmó el tratado de Lima de 1929, en el cual se fijaron los límites definitivos de la frontera entre Perú y Chile. Este pacto fue interpretado como una victoria tanto para Ibáñez como para Leguía, a tal punto que el presidente peruano tuvo el propósito de alargar su mandato.

La idea de Leguía de mantener un nuevo periodo presidencial tuvo como consecuencia su derrocamiento y muerte. En agosto de 1930, el teniente coronel Luis Sánchez Cerro se sublevó con las guarniciones de Arequipa y Puno, formando una Junta de Gobierno que se mantuvo en el poder durante seis meses. El levantamiento militar vino acompañado de saqueos y violencia contra las casas y familias de los altos mandos que acompañaron a Leguía, así como sentencias de cárcel para cada uno de ellos. No obstante, como señalan Carlos Contreras y Marcos Cueto, la inestabilidad política causada por una serie de caudillos y rebeliones en provincias, por manifestaciones y paros de trabajadores, huelgas estudiantiles y levantamientos populares, obligó a Sánchez Cerro a renunciar al poder. El gobierno fue dirigido por una junta de líderes provinciales y David Samanez Ocampo, quienes encargaron a una comisión de intelectuales y políticos la elaboración de un estatuto electoral. Figuras como Jorge Basadre, José Antonio Encinas, Luis E. Valcárcel y Luis Alberto Sánchez se encargaron de establecer en la ordenanza el voto obligatorio y secreto, la representación parlamentaria de las minorías y un Jurado Electoral de autonomía formal (2018, pp. 279-280). El fallecimiento de Leguía en una clínica de Bellavista y la candidatura de Haya de la Torre en las elecciones de 1931 marcaba el inicio de una nueva etapa. Aparecía con fuerza la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), caracterizada por una concreta organización política, fuertes redes de comunicación internacional, dotada de líderes jóvenes que volvían del exilio y mostraban el sacrificio como forma esencial de la militancia latinoamericana y un fuerte vínculo con Chile.

Consideraciones finales

Debates públicos, cambios de posición e, incluso, un asesinato, son rastros de cómo se vivió la política en estos años. La militancia se transformó en una forma de vida que permeaba todos los ámbitos de la vida y en todo momento, las amistades, los sentimientos, las relaciones amicales y familiares fueron trastocados por los objetivos políticos. De ese modo, la batalla por imponer y difundir propuestas ideológicas se volvió constante, todos los frentes (impresos, mítines, libros, revistas, debates parlamentarios y elecciones, entre otros) fueron un lugar de disputa, cuya presencia era obligatorio para todos los jóvenes e intelectuales que pregonaban el latinoamericanismo.

El conflicto de Tacna y Arica se transformó en el eje articulador de una propuesta que antes de 1922 aún estaba en ciernes. La vigente tensión de una nueva guerra entre Chile y

Perú, así como el ambiente de enemistad y violencia entre vecinos fue una oportunidad para que jóvenes universitarios e intelectuales vieran en la unión continental una estrategia para trascender en la política global. Un factor importante en este primer momento fueron las publicaciones de chilenos como Carlos Vicuña Fuentes o Juan Gandulfo, quienes manifestaban su intención de devolver los territorios a Perú, retomar las relaciones internacionales y reivindicar la solidaridad entre países antes que un patriotismo con tintes clasistas. A partir de ese momento, la internacionalización del conflicto era un hecho. Solo bastó sumar caras visibles como José Vasconcelos o Víctor Raúl Haya de la Torre para que el latinoamericanismo fuera parte del debate público y comience a tomar espacios en la prensa y en distintos estamentos políticos.

Mientras jóvenes universitarios intentaban trazar un ideario basado en el antiimperialismo, el antinacionalismo y la unión continental, las negociaciones entre los gobiernos de Chile y Perú seguían su cauce y mostraban sus momentos más tensos. El fallo de Coolidge en 1925, que señalaba que estaban las condiciones apropiadas para realizar el plebiscito en Tacna y Arica, se presentaba como una posible derrota peruana en las urnas, hecho que caldeó los ánimos y tuvo como consecuencia un auge de discursos nacionalistas desde todos los sectores políticos de ambos países. Las rencillas ideológicas subieron de tono a tal punto que tuvo como víctima fatal a Edwin Elmore. El asesinato del escritor en manos de un nacionalista se transformó en otro hecho aglutinador en torno al latinoamericanismo. El apoyo antipatriota se hizo transversal y nuevos intelectuales se unieron a la cruzada por crear un nacionalismo continental, como lo llamaría posteriormente Vicente Huidobro.

En 1927, el ascenso al poder de Carlos Ibáñez del Campo marca un tercer momento de la militancia latinoamericanista. El interés por la política internacional hizo que la dictadura chilena sea un tema de debate a nivel continental. Diversos personajes políticos extranjeros manifestaron su oposición al gobierno autoritario e hicieron del combate a la tiranía el nuevo eslogan de lucha. Sin embargo, esto trajo consigo la obligatoriedad de complejizar sus posturas respecto al conflicto de Tacna y Arica, ya que, al ser resuelto por las dictaduras de Ibáñez y Leguía, los latinoamericanistas tuvieron que explicar por qué esta solución no era la apropiada para una propuesta política de unión continental.

En definitiva, a medida que avanzaba el conflicto de Tacna y Arica, la militancia latinoamericanista fue incluyendo posiciones políticas que incluían una perspectiva internacional con relación en la desaprobación de los regímenes de fuerza, la inclusión de nuevos sectores sociales a la política, el pacifismo como proyectos democráticos y la colaboración internacional.

Bibliografía

ARCHIVO:

- Archivo Central del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, Lima, Oficios de Chile, 1929-1945.

REVISTAS:

- *Amauta*, Lima, Perú.
- *Claridad*, Buenos Aires, Argentina.
- *Claridad*, Santiago, Chile.
- *El Comercio*, Lima, Perú.
- *La Voz Interior*, Córdoba. Argentina.

Bibliografía Secundaria

- Araquistain, L. (1926). "Comentarios: Edwin Elmore", en Rodríguez, José María (compilador), *Poeta y bufones. Polémica Vasconcelos-Chocano. El asesinato de Edwin Elmore*, Madrid, Agencia mundial de librería, pp. 67-72.
- Basadre, J. (2009). *Infancia en Tacna*, Lima, Ediciones Peisa, [1959].
- Bergel, M. (2018). "Haya de la Torre en el Cono Sur (1922): viaje y ritual latinoamericanista en la expansión del reformismo universitario continental", en Martín Bergel (Coordinador), *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria*, Buenos Aires, hya Ediciones, 2018, pp. 65-92.
- Biagini, H. (2013). "El discurso juvenilista y la impronta roigiana", *Horizontes filosóficos*, n. 3, pp. 57-77.
- Biagini, H., Roig, A. (2008). (directores), *Diccionario del pensamiento alternativo*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Castro, L. (2008). "El Estado chileno, los agentes fiscales y el temprano ordenamiento administrativo del espacio andino de la provincia de Tarapacá (1880-1930)", *Chungará: revista de Antropología Chilena*, Vol. 40, n. 2, julio-diciembre, 2008, pp. 219-233.
- Chocano, J. (1926). "Carta de José Santos Chocano a Edwin Elmore", Rodríguez, José María (compilador), *Poeta y bufones. Polémica Vasconcelos-Chocano. El asesinato de Edwin Elmore*, Madrid, Agencia mundial de librería, pp. 77-80.
- Contreras, C., Cueto, M. (2018). *Historia del Perú Contemporáneo*, Lima, IEP, [1999].
- Elmore, E. (1926). "Carta abierta a José Santos Chocano", en Rodríguez, José María (compilador), *Poeta y bufones. Polémica Vasconcelos-Chocano. El asesinato de Edwin Elmore*, Madrid, Agencia mundial de librería, pp. 81-82.
- Errázuriz, T. (2014). "La administración de Ibáñez del Campo y el impulso a la circulación moderna (Santiago, 1927-1931)", *Historia*, vol. 47, n. 2, pp. 313-354.
- González, S. (2004). *El dios cautivo. Las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*, Santiago, Lom Ediciones.
- González, S. (2008). *La llave y el candado. El conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*, Santiago, Lom Ediciones.

- González, S., Maldonado C., Mc Gee, S. (1994). “Las Ligas Patrióticas: un caso de nacionalismo, xenofobia y lucha social en Chile”, *Canadian Review of Studies in Nationalism*, vol. XXI, n. 12, pp. 57-69.
- Gullo, M. (2013). *Haya de la Torre: la lucha por la patria grande*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús.
- Haya de la Torre, V. (1936). *El antiimperialismo y el APRA*, Santiago, Ercilla.
- Hernández, S. (2021). *La persistencia en el exilio. Redes político-intelectuales de los apristas en Chile (1922-1945)*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2021.
- Herrero, A. (1926). “trágico fin de una polémica periodística”, en Rodríguez, José María (compilador), *Poeta y bufones. Polémica Vasconcelos-Chocano. El asesinato de Edwin Elmore*, Madrid, Agencia mundial de librería, pp. 95-108.
- Instituto Geominero de España. (1993). *Panorama Minero Iberoamericano*, Madrid, Sociedad Estatal V Centenario.
- Moraga, F. (2016). “Un resplandor en el Nuevo Mundo: la red Clarté y el pacifismo en América Latina, 1918-1938”, en Alexandra Pita (Compiladora), *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra*, Ciudad de México, Universidad de Colima, Porrúa, 2016, pp. 54-78.
- Moraga, F. (2014). “Una convivencia reanudada: exilios e intercambios culturales y políticos entre Chile y Perú (1920-1940)”, en Parodi, D., y González, S., *Las historias que nos unen. 21 relatos para la integración entre Perú y Chile*, Lima, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Moraga, F. (2012). “La FECh a lo largo de un siglo de historia”, en Archivo de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, *Archivos, memoria y movilización*, Santiago, Archivo y Centro de Documentación FECh, pp. 25-34.
- Palacios, R. (1974). *La chilenización de Tacna y Arica, 1883-1929*, Lima, Editorial Arica.
- Panty, Ó. (1999). *Historia de la prensa escrita en Tacna*, Tacna, Panty Neyra.
- Ramos, C. (2015). *Ley y justicia en el oncenio de Leguía*, Lima, PUCP.
- Rodríguez, J. (compilador). (1926). *Poeta y bufones. Polémica Vasconcelos-Chocano. El asesinato de Edwin Elmore*, Madrid, Agencia mundial de librería, 1926.
- Rojas Flores, J. (1993). *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Sánchez, L. (1978). *Apuntes para una biografía del APRA I*, Lima, Mosca Azul Editores, 1978.
- Sánchez, L. (1979). *Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua*, Lima, Editora Atlántida.
- Sánchez, L. (1987). *Testimonio personal 1: El Aquelarre, 1900-1931*, Lima, Mosca Azul Editores.
- Skuban, W. (2009). “La apertura y cierre de la frontera chileno-peruana: el plebiscito de Tacna y Arica, 1880-1929”, en Fernando Purcell y Alfredo Riquelme (editores), *Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global*, Santiago, Ril Editores, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009, pp. 129-158.
- Soto, J. (2017). *Naciones de papel: el conflicto entre Chile y Perú por Tacna y Arica en la prensa de España (1880-1929)*, Tesis para optar al grado de Doctorado en Historia, Valladolid, Universidad de Valladolid.

- Vasconcelos, J. (1925). *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del sur*, Madrid, Agencia mundial de librería.
- Vasconcelos, J. (1926a). “Poetas y bufones”, en Rodríguez, José María (compilador), *Poeta y bufones. Polémica Vasconcelos-Chocano. El asesinato de Edwin Elmore*, Madrid, Agencia mundial de librería, pp. 11-18.
- Vasconcelos, J. (1926b). “El trágico fin de Edwin Elmore”, en Rodríguez, José María (compilador), *Poeta y bufones. Polémica Vasconcelos-Chocano. El asesinato de Edwin Elmore*, Madrid, Agencia mundial de librería, pp. 141-148.
- Vicuña Fuentes, C. (1921). *La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica*, Santiago, Imprenta Selecta.
- Yankelevich, P. (2000a). “Nosotros y los otros: Vasconcelos en Uruguay y Chile”, *Revista de la Universidad de México*, n. 593-594, pp. 60-62.
- Yankelevich, P. (2000b). “Vendedor de palabras. José Santos Chocano y la Revolución Mexicana”, *Desacatos*, n. 4, pp. 131-160.